

LA VERDAD SOBRE LOS RELATOS NAVIDEÑOS

La pregunta sobre la verdad de los relatos navideños se la han hecho, probablemente, los cristianos de todas las épocas y condiciones. Para responderla el autor distingue entre los hechos, no siempre rigurosamente exactos, y su simbología, pero incidiendo en la necesidad de no separar ambas cosas, ya que la simbología da la interpretación de los hechos. También contrapone esta forma de interpretar estos textos con el racionalismo de recientes esfuerzos de interpretación.

Wie wahr ist die Weihnachtsgeschichte? Erbe und Auftrag 79 (2003) 451-463.

PLANTEAMIENTO

Hay acontecimientos que devienen legendarios. Y este honor corresponde generalmente a acontecimientos significativos o tenidos por tales por los formadores de leyendas. La finalidad de una leyenda es poner de manifiesto el significado de una persona histórica o de un acontecimiento histórico. La verdad de una leyenda no se basa en que todo lo que cuenta sucedió punto por punto, sino en captar lo principal e interpretarlo correctamente. Sobre esto generalmente es la recepción la que decide.

Tomemos como ejemplo la llamada "toma de la Bastilla" del 14 de julio de 1789. Este episodio, en sí insignificante, se convirtió rápidamente en un acontecimiento simbólico. Hechos reales fueron falseados y otros fueron inventados (por ejemplo, la liberación del conde Lorges, presentado como un escritor encarcelado durante mucho tiempo y que nunca existió). Imágenes y relatos aparentemente testimoniales con descrip-

ciones contradictorias contribuyeron a la sobrevaloración de un acontecimiento, posibilitada por una propaganda ajena a la realidad, que había hecho de la Bastilla una cárcel horrible y un símbolo de la opresión estatal. La ciencia histórica consiguió distinguir en este acontecimiento los hechos de las ficciones. Desde 1880 es el día nacional de Francia. Pero, ¿qué celebran los franceses este día? Celebran el símbolo al que estos hechos proporcionaron el material indispensable.

Todo esto nos puede proporcionar un acceso a ciertas historias bíblicas en las que acontecimientos históricos son interpretados con ayuda de presentaciones legendarias. La más significativa es la historia de Navidad tal como la cuenta Lucas. ¿Qué podemos decir de los fundamentos históricos de esta narración? ¿Qué quería manifestar el evangelista con la forma de presentar estos elementos históricos?

La parte histórica

Al principio de su narración, Lucas nombra a dos personajes históricos: César Augusto, emperador romano, y Quirino, su gobernador en Siria. Y habla de un acto administrativo muy normal: una evaluación del censo con fines recaudatorios, al que se refiere con un concepto preciso *apographé* (en latín, *census*). Que los aludidos tuvieran que viajar a su ciudad, corresponde en todo caso a las obligaciones de la época de que la propiedad debía ser declarada en el lugar convenido, es decir, en la oficina recaudatoria más cercana, y personalmente. José viaja de Nazaret a Belén porque allí tiene sus bienes raíces. Y María va con él, a pesar de su embarazo, porque también ella tiene allí su patrimonio. No son los únicos que se encuentran en esta situación y no sorprende que acaben refugiándose en un establo, es decir, una de las cuevas usadas como establo alrededor de Belén. Y ahí lo único que podía servir como cuna del recién nacido era un pesebre.

Todo esto está contado con sobriedad y no es legendario. Al historiador tradicional sólo le sorprende que una fuente histórica hable del destino de una familia de artesanos, que normalmente no hacen historia. Los evangelios, en cambio, hablan preponderantemente de gente humilde. Por eso, los historiadores tradicionales tienen problemas con ellos.

En un análisis más preciso, el historiador descubre ciertas inexactitudes en los datos lucanos.

Así, Lucas habla de un censo de alcance imperial hecho bajo Quirino. Hoy sabemos por Josefo que mandó hacer un censo, en el año sexto d. C., siendo ya Judea provincia romana. Pero este censo no tuvo alcance imperial ni se hizo alrededor del nacimiento de Jesús, que tuvo lugar al menos 10 años antes, en vida de Herodes el Grande.

Tales inexactitudes los encuentran el historiador en las mejores fuentes y no se irrita por ello. El escritor antiguo o tuvo malos informadores o confundió algo o aceptó la inexactitud con una intención determinada. Por lo demás, el escritor antiguo no lo tenía fácil cuando de datos exactos se trataba, lo cual ha sido así hasta los tiempos modernos. No seamos demasiado estrictos con Lucas (que no disponía de la obra de Josefo) ni esperemos de él algo que sólo es posible en los tiempos más recientes.

Lucas presenta correctamente lo principal. Augusto tuvo cuidado de que a su muerte todo el *orbis terrarum* estuviese registrado y evaluado por primera vez en la historia. Para Augusto era importante el dominio de todo el mundo y no sólo de una parte, como se puede ver en las monedas que hizo acuñar, con inscripciones como “César, hijo de la divinidad”. También fue Augusto quien llevó hasta el final la iniciativa de Agripa de tener una cierta descripción geográfica del mundo, cuyos principales resultados fijó en una inscripción. Con la expresión “todo el mundo”, que Augusto quería abarcar, Lucas dio el

nombre correcto a algo esencial. Su presentación en los siete primeros versos es realista, aunque queden algunas cosas poco claras respecto a la fecha exacta del nacimiento de Jesús o al pago de impuestos que llevó a José y María de Nazaret a Belén.

Muchos exegetas discuten hoy la historicidad de este viaje y afirman que Jesús nació en realidad en Nazaret. A los cristianos sólo se les ocurrió lo de Belén después de pascua, para hacer que se cumpliese la profecía mesiánica de Mi 5,1 (citada por Mt 2,6).

Contra esta tesis hay dos argumentos. Mi 5, 1 no jugó ningún papel en las esperanzas mesiánicas del judaísmo primitivo. En los textos de Qumran nunca se menciona esta cita. Sólo unos pocos textos rabínicos tardíos mencionan Belén como lugar del nacimiento del mesías. Por ello es más verosímil históricamente que, debido al nacimiento de Jesús en Belén, se cayese en la cuenta de la profecía de Miqueas que no que, a causa de esta profecía, el nacimiento de Jesús se trasladase de Nazaret a Belén. No había razón para tal manipulación. El Mesías no debía necesariamente nacer en Belén.

El segundo argumento a favor de la exactitud del nacimiento en Belén es el hecho de que lo atestiguan dos fuentes independientes, Mateo y Lucas (cf. Mt 2, 1 y Lc 2,4). Esta coincidencia gana en peso porque ambas fuentes aportan datos irreconciliables respecto a las circunstancias que rodearon el nacimiento en Belén. Según Mateo, María y José vivieron siem-

pre en Belén hasta el nacimiento de Jesús y sólo después del exilio en Egipto (del que Lucas no parece saber nada) se trasladaron a Nazaret. En este punto la presentación de Lucas parece más verosímil: José, antes del nacimiento de Jesús, residía en Nazaret. No hay, por tanto, ninguna causa históricamente plausible que haga dudar del nacimiento de Jesús en Belén.

La parte simbólica

La primera parte de la historia de navidad tiene un carácter marcadamente histórico. La historia que cuenta es un fragmento cotidiano de gente sencilla en la antigüedad. Que en determinadas circunstancias uno tenga que viajar por una declaración tributaria; que en algún rincón del imperio romano, en Belén, nazca un niño: todo esto no tiene nada de especial y un historiador normal no lo consideraría digno de ser narrado. Y, por supuesto, menos con una introducción tan formidable, que incluye a César Augusto. ¿Qué tiene que ver Augusto con este niño? ¿Por qué cuenta Lucas todo esto, incluidos los detalles de los pañales y el pesebre?

Lucas tenía un gran problema. Sabiendo lo que sabía de la vida, muerte y resurrección de Jesús, estaba convencido de que el simple nacimiento de este niño en un rincón del imperio era el acontecimiento decisivo de la historia que nunca podría ser superado. Por una razón muy sencilla: porque este niño era el Hijo de Dios, Dios mismo, que entraba de esta manera en la escena del mundo.

Visto así, este acontecimiento insignificantes cobraba un valor extraordinario.

¿Cómo iba Lucas a transmitir esto a sus lectores? Podría introducir un par de frases explicativas, pero esto hubiera sido demasiado seco y poco expresivo, impropio de un narrador bíblico. El significado del acontecimiento tenía que estar metido en la misma narración.

Para este fin, el narrador bíblico dispone de un medio literario: la narración simbólica. Narraciones de este tipo son las de la creación y el paraíso, las historias de los patriarcas o la salida de Egipto. En todas ellas los hechos históricos juegan un papel subordinado. En cambio, las historias de David tienen un carácter mucho más histórico (aunque la de David y Goliath sea de naturaleza simbólica). ¿Cuál es la peculiaridad de estas narraciones simbólicas?

En ellas, cada trazo narrativo tiene un carácter simbólico. El narrador cuenta de forma tal que lo narrado señala, más allá de sí mismo, hacia lo humano en general, hacia las grandes dimensiones de la existencia, a la dimensión de lo tipológico y lo profundo. Al narrador bíblico le interesa, sobre todo, clarificar la acción de Dios y el poder de su providencia y, a veces, lo dice expresamente (cf. Gn 50, 20).

Una narración simbólica descansa generalmente sobre un suceso fáctico, pero al narrador no le importa tanto narrar hechos cuanto interpretar un determinado acontecimiento en su simbología y así mostrar su permanen-

te actualidad, con lo que el grado de cercanía de las narraciones simbólicas a hechos reales puede ser muy distinto.

Simbólico no es lo mismo que ficticio o inventado. Una narración sólo tiene derecho a ser llamada simbólica cuando al menos su objeto es real. La aparición de ángeles en una narración no significa que sea ficticia, porque los ángeles representan simbólicamente una realidad.

Pues bien, la segunda parte de la narración de Navidad es una narración simbólica, en la que el evangelista expresa el verdadero significado de la primera parte. La cotidianidad ha desaparecido (la aparición de ángeles no es algo cotidiano, ni en la Biblia, muy parca en tales apariciones). Y sólo en este pasaje aparece un ángel con el brillo de la luz celestial, de manera que "la gloria del Señor los (a los pastores) envolvió en su luz" (Lc 2, 9). Así se subraya el carácter extraordinario y singular del acontecimiento que motiva la aparición del ángel. Cuando en la Biblia aparecen ángeles, es decisivo lo que dicen para la comprensión del todo. Lo más importante de nuestro texto está en los vv. 11-14, cuya frase central dice: "os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor".

El atributo *sôtêr*, salvador, hacía que los hombres de la época prestasen atención, pues sólo se atribuía a las divinidades y grandes personalidades, como, por ejemplo, Zeus, Esculapio, Epicuro o algunos gobernantes que garantizaron derechos políticos y con-

tribuyeron al bienestar de los ciudadanos. En la traducción griega del AT este atributo se reserva a Dios: los héroes del tiempo de los jueces sólo salvan por iniciativa y con la ayuda de Dios. En la época del nacimiento de Jesús, el salvador más celebrado era precisamente el mencionado por Lucas: César Augusto. De hecho, el orden creado por Augusto proporcionó al imperio 250 años de paz, seguridad legal y un bienestar en el que todavía pueden soñar muchos países que en aquella época formaban parte del imperio.

Esta valoración de Augusto puede explicar que, en la época del nacimiento de Jesús, el gobernador de la provincia de Asia decidiese implantar un calendario unitario, el juliano, y decidiese que el año nuevo empezase el 23 de septiembre, día del nacimiento de Augusto, porque este día significó el inicio de la felicidad del momento. La inscripción que recuerda esta decisión explica que todo el cosmos se hubiera hundido en la calamidad de no haber nacido César Augusto, el portador de la felicidad.

El mismo Augusto cuidó de la correcta valoración de sus obras. Y lo hizo con ayuda de los medios de la época: acuñación de monedas, edificios públicos, obras de arte y festejos. Así, el *Ara Pacis Augustae* (el altar de la paz de Augusto), del año 9 a.C. muestra en grandes relieves la llegada de la época dorada debida a Augusto.

De la misma época es el reloj de sol de Augusto, cercano al *Ara Pacis*. Era el reloj más grande de todos los tiempos. La sombra del

sol la proyectaba un obelisco de 30 metros traído de Egipto. Este solarium servía también de calendario, con datos como “principio” y “fin” de los vientos etesios (importantes para la navegación mediterránea en verano) y no sólo en latín, sino también en griego. Pero es que, además, el 23 de septiembre la sombra del reloj se alargaba hasta el centro del *Ara Pacis*: el día del nacimiento de Augusto, nacido para la paz.

Hacia el fin de su vida Augusto escribió las *Res gestae Divi Augusti* (las hazañas del divino Augusto), donde se encuentran datos sobre los resultados de los censos de ciudadanos romanos, sobre las enormes sumas de dinero que aplicó al bienestar de todos y que gastó de su caja privada y sobre el desarrollo del imperio. A su muerte, el texto fue llevado a la entrada del mausoleo.

En todo esto debían pensar los lectores u oyentes antiguos (y Lucas tenía esta intención) cuando oían hablar del nacimiento del “salvador” e inmediatamente oían el canto de los coros celestiales cuya palabra central era la paz, núcleo de la propaganda de Augusto. Pero la paz que aquí se anuncia no es la *Pax Augusta*. Es una paz que en los ángeles ocupa el segundo lugar, porque el primero lo ocupa Dios mismo: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace” (Lc 2,14).

Esta paz no la aporta un político, ni siquiera Augusto, sino aquel salvador divino que ha nacido como hijo de gente sencilla en un establo en Belén. Esta paz, la *Pax*

Christi, no se opone necesariamente a la *Pax Augusta*, pero es independiente de ella y la supera, como el cielo supera la tierra. Tal es el alegre mensaje de navidad, provocador para los no cristianos. Y Lucas lo ha concentrado magistralmente en una narración simbólica.

No hemos agotado la simbología de esta narración. Quedan los pastores, que primero se asustan y acaban diciendo: vamos a verlo y comprobarlo (Lc 2, 15). Luego comunican lo que han oído y al final alaban a Dios, una vez que el mensaje celestial se ha demostrado como auténtico (Lc 2, 17.20). Estos pastores son la imagen de una comunidad cristiana (así lo entendió Ambrosio). Y finalmente está María, de la que sólo se dice que “guardaba estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2, 19). Lo que aquí se dice de María el evangelista espera que se diga de cada cristiano.

Los padres de la iglesia veían también en la madre de Dios un modelo para todos los cristianos. Pues todo cristiano —y toda la iglesia— está llamado, desde el útero del corazón (H. Rahner), a dar a luz a Cristo de manera que cobre forma en la propia vida (Ga 4, 19). Lucas no pensó en ello, pero se trata de una aplicación simbólica que aceptaría sin duda.

La paradoja singular

Interpretaciones exegéticas modernas de la historia de navidad a veces son tan rígidas que primero muestran lo increíbles que son los datos históricos de la

narración bíblica, mostrándonos sus errores históricos, y luego nos tranquilizan con la información de que, según los géneros literarios, estamos ante una “narración de confesión de fe del cristianismo primitivo”. Así, por ejemplo, Antón Vögtle, exegeta de Friburgo, fallecido hace unos años, sostiene en su libro *El significado de la Navidad*, que “también para este evangelio, la escenificación, con sus ángeles y pastores, establo y niño en el pesebre, conserva, hoy como ayer, su buen significado”, sin poder explicar la razón de todo ello. Y añade “El verdadero milagro que quiere anunciar nuestro evangelio no es la irrupción de ángeles visibles y audibles, sino la realidad y la verdad central, a saber, que en Jesús de Nazaret ha nacido el verdadero salvador del mundo, a través del cual Dios reveló su poder como misericordia salvadora”. Esto es correcto, pero resulta abstracto. Reduce la historia fascinante a una frase catequética, y no hace justicia ni a la parte histórica ni a la simbólica. Lo peculiar de la narración lucana está en la trabazón de elementos históricos y legendarios, o mejor dicho, simbólicos, que sirven para descubrir el significado de acontecimientos exteriormente invisibles. Esta historia es verdadera en la medida en que sus hechos históricos esenciales encajan y su sentido es correctamente desvelado por los elementos simbólicos. La historia es tan verdadera como lo que los ángeles anuncian en ella.

El contenido simbólico de una historia como la de navidad se hace presente no tanto a partir

de la exégesis cuanto por su celebración y por todo lo que la rodea. Muchas costumbres se relacionan con la historia de navidad, como las representaciones teatrales o el montaje de belenes. Estos desarrollan el contenido simbólico de la narración lucana con nuevos elementos, como el buey y el asno, referencia alegórica a Is 1,3. También las escenas bucólicas, parte de los belenes, tienen ahí su verdad: la paz no se anuncia a banqueros y políticos, sino a simples pastores. Aciertan más con la verdad simbólica de la narración los belenes que actualizan el evento, traduciéndolo a la época actual, que las versiones historizantes que fácilmente substituyen lo simbólico por lo sentimental. Por la misma razón, la interpretación cristiana de la IV Égloga de Virgilio refiriéndola al niño de Belén es completamente pertinente. ¿Y qué nos impide dar una interpretación cristiana del *Ara Pacis Augustae*?

La quintaesencia simbólica del acontecimiento de Belén es una paradoja: el niño que María parió es el Hijo de Dios, Dios mismo y el salvador del mundo. Fue la paradoja preferida del gran amigo de toda paradoja: G. K. Chesterton. En su libro *The everlasting man*, escrito como réplica a la obra de H. G. Wells *The outline of history*, Chesterton hace del acontecimiento de Belén el centro y el eje

de la historia de la humanidad. La obra tiene dos partes que tratan de la historia de la humanidad desde los hombres de las cavernas a la actualidad. La primera parte, titulada "Sobre la criatura llamada hombre", empieza con el título "El hombre en la caverna". La segunda parte, "Sobre el hombre llamado Cristo", empieza con el título "Dios en la caverna". Quisiera acabar con tres citas de este capítulo. "Una multitud de leyenda y literatura, siempre creciente y que nunca acabará, ha repetido con múltiples variantes la única paradoja: que las manos que crearon el sol y las estrellas eran demasiado pequeñas para alcanzar las colosales testas de la bestia. De esta paradoja podríamos decir: toda la literatura de nuestra fe se funda en este chiste". "Omnipotencia e impotencia o divinidad y niñez producen una especie de sentencia que millones de repeticiones no pueden transformar en trivialidad. No es irrazonable darle un nombre singular. Belén es decididamente un lugar donde los extremos se encuentran". "El lugar que los pastores encontraron no era ninguna academia ni una república abstracta: no era un lugar de mitos que fueron interpretados alegóricamente, separados los unos de los otros, explicados o confundidos. Era un lugar donde los sueños se hicieron realidad".

Tradujo y condensó: LLUÍS TUÑÍ